

# La ciudad de las leyendas

LOS CRISTOS TRAGICOS DE TOLEDO

(IMPRESIONES DE VIAJE)

De mis andanzas por tierras de Castilla, tal vez nada impresionó tanto mi espíritu cosmopolita y porteño, como la visión de los dos Cristos ensangrentados que en la vieja capital goda llaman Cristo de la Luz y Cristo de la Vega... Dos rosas místicas, dos leyendas áureas, trágicas y heroicas.

Así como Andalucía es la "tierra de María Santísima", por que lo que más delata su espíritu religioso, infantil y plañidero, es la profusión enorme de sus vírgenes de gestos maternales y caras sonrientes, Castilla podría llamarse la "tierra de los Cristos". Son éstas unas imágenes como no vi en ninguna parte. Unos crucifijos que son como el alma misma de sus habitantes. escéptica y atormentada; desolados como la llanura de la Mancha; hieráticos como sus ciudades, esas naves gloriosas que se llaman Avila, Sigüenza, Segovia, Salamanca, erizadas de campanarios como índices que apuntaran imperativamente al cielo...

Para el hombre de las urbes modernas, febriles y ruidosas, el espectáculo de esas figuras de madera toscamente labrada, olvidadas en la paz azul de miseras capillas por las ciudades y los campos, resultará siempre exótico... Pasará junto á ellas y no las comprenderá, llena su retina de ese Cristo convencional y hermoso, femenilmente hermoso, que nos muestra la iconografía en cruces de marfil, en cruces de plata, con barba pulida y ojos melancólicamente dulces...

Al contrario de los crucifijos de los retablos flamencos, de aspecto siempre amable y humano, ~~de~~ los portugueses, finos como madonas o de los italianos del renacimiento, todo pulcritud física y serenidad exterior, los Cristos castellanos son tétricos y deformes.

Parece como que estuvieran colgados en la cruz a la fuerza, pugnando por desasirse con todos los músculos de sus miembros flacos y retorcidos y de sus caras cadavéricas inclinadas hacia abajo, con cabelleras largas de "ex voto" que trascienden a sudor y agonía.

Son Cristos terriblemente ensangrentados, con sangre que baja por las mejillas, por el pecho, por los brazos, por las manos, por las piernas, en fuente abundosa...

Sólo viendo estas imágenes se adentra uno en el alma bravamente heroica y profundamente mística de la raza. Sólo a través de ellas llegué a comprender aquel espíritu superior de la seráfica doctora, cuando arrebatada en un éxtasis, dijo ante una:

"Tú me mueves, Señor, muéveme el verte  
clavado en una cruz y escarnecido;  
muéveme ver tu cuerpo tan herido;  
muévenme tus afrentas y tu muerte."

Sólo estos Cristos me hablaron de la tortura angustiosa del divino Morales, pintor eremita; del "Finis Gloríae Mundi" de Valdés Leal; de la incurable tristeza de Zurbarán; del alma monacal del Greco.

---

Para mí todas las viejas ciudades tienen un alma. Sorprender ésta en la contemplación de aquellos grandes o pequeños monumentos donde radica, hé ahí el encanto del que va hasta ellas.

Sin embargo, nada más ajeno a estos propósitos que el espíritu del turista moderno, inquieto y fatigado. Llega a estos nidos de antaño, reloj en mano (hemos de suponer que el turista viste a la moda, habla un poco el inglés, otro poco el francés, derrocha pesos y viene directamente de París) y, con ánimo de verlo todo lo más pronto posible (¡la cosa es ver!), recorre en una mañana esos glaciales edificios que el gobierno

declaró 'monumentos nacionales', donde todo es oficial, hasta el portero, dejando de visitar lo que ellas suelen tener de más típico.

Para mí ese Toledo que admiran los viajeros del mundo, un Toledo de estampas y almanaques, convencional y archimanoseado, apenas se diferencia, por ejemplo, de Chartres, Magoncia ó Coimbra. La Edad Media dejó impresa en todas esas cunas de oro el mismo sello vetusto. Por sobre todas ellas flota el mismo verso:

"Urbes que fueron y que jamás serán..."

Todas tienen torres recias y almenadas, anchas murallas, palacios blasonados y calles retorcidas, estrechas y absurdamente pinas.

No. El verdadero Toledo, el que refleja su vieja alma de caballero-monje en la atmósfera natural de soldados de tercio, dueñas trotacalles, clérigos y estudiantones, con sus costumbres, trajes y modos castizos, hay que buscarlo, no entre los códigos amarillentos, ni en los sepulcros tallados ni en las ojivas, arcos ó capiteles, sino en lo que se trasmite de generación en generación y anda en boca del pueblo hecho narración heroica o hecho piadosa leyenda.

El Cristo de la Luz, modestísimo monumento toledano, me habló en ese sentido de la antigua ciudad de los Concilios más que los alcáceres y las colegiatas. Pocos llegan hasta él. ¡tan pobre monumento es!, como no sean los romeros anuales portadores de ofrendas y diezmos desde remotos lugares.

Venerado en una antigua mezquita de arte árabe bizantino, lo rodea la aureola de los milagros. ¿Su tradición? Oídla tal cual yo la oí. Tiene todo el encanto de las consejas, toda la piadosa ingenuidad de un relato de peregrino camino de Tierra Santa...

"Era en tiempos del rey godo Atanagildo... Un día, pasando dos judíos, ultrajaron la imagen dándole un golpe de pica en el costado. La sangre empezó a salir en tan gran cantidad que atemorizados aquéllos de su crimen, trataron de destruirla, y como no lo consiguieran, se la llevaron a casa oculta bajo las capas... Habiendo averiguado los cristianos donde se encontraba la sagrada efigie, por el rastro de sangre que de

la ermita a la casa quedó, apedrearon a los malhechores. El odio que los judíos tenían a la imagen fué en aumento, y, al ver que una vez en su sitio, los cristianos la besaban muy devotamente, untaron los pies de Cristo con un veneno para que al besarlos murieran los cristianos. Más al aproximarse el primero al día siguiente, Nuestro Señor retiró el pie”...

Esto oí de labios de un viejo sacristán con cara de santo de madera a fuer de reverente, una tarde apacible del mes de Septiembre en que:

“Era la imperial Toledo  
Dorada por los remates,  
Como una ciudad de grana  
Coronada de cristales...”

Llena el alma de un para mí desconocido loor de santidad, salí al jardín conventual y agreste que rodeaba la ermita, recordando cómo el Romancero, siempre pintoresco, había inmortalizado al Cristo de la Luz:

...“muy mal ferido era;  
grant pena davua mirallo;  
el un pie que apartado había  
fuera muy grande mylagro...”

Señor — me dijo el viejo acólito — en todo este año es usted el único forastero que ha venido a visitar al pobrecito Cristo de la Luz.

Atravesé el jardín totalmente cubierto de retamas y de arbustos espinosos. La salvaje adelfa de flores rojas rimaba con los blancos aelies en las grietas de las paredes, las que, doradas de ocaso, invitaban a las lagartijas a asomar sus cabezas verdes...

---

Todo lo que tiene esta leyenda de ingenuo y candoroso, como las almas primitivas que lo crearon, lo tiene el Cristo de la Vega de caballeresca y verdaderamente castiza. Aquél es el Cristo de las luchas entre cristianos, moros y judíos; éste el señor que preside la grey numerosa poniendo en ella paz y justicia. El primero es la imagen de su siglo turbulento, fanático

y atrozmente vengativo. El segundo, todo hidalguía, con la conciencia tranquila de un juez infalible, dá fallos inapelables en las cuestiones suscitadas entre las mansas ovejas.

No obstante, tienen ambos el carácter común de su aspecto trágico. El uno retira un pie (¿fué fantasía del artífice?) y el otro descuelga un brazo con el gesto del que ordena. La fantasía popular tuvo que bordar por fuerza truculentas tradiciones a hechos tan singulares y "verídicos". Porque, ay! del que ose ponerlos en duda. Parece que fuese una necesidad del misticismo popular castellano el imaginar sus Cristos con todo el tormento moral y toda la tortura física del Redentor. Como el llano inhospitalario que habitan, su Dios tiene que ser duro con los que no se someten. Las tragedias de todos los milagros de Castilla tienen el mismo fondo: la impiedad para el pecador.

Nada como la visión de estas imágenes da la clave de aquel férreo ayuntamiento de lo religioso y lo caballeresco de otros siglos; de aquella fuerza moral que hacía de los reyes monjes y ponía en boca de las ricas-hembras:

...“que aunque mujer yo sabré,  
en vez de las tocas largas  
y el negro monjil, vestirme  
el arnés y la celada”.

El Cristo de la Vega es la encarnación por excelencia de esa alma medioeval castellana. ¿Si es popular? Su historia la saben hasta los arrapiezos que juegan al sol como gorriones. Todos lo conocen y lo aman. Es en Toledo algo así como el retrato del tatarabuelo ilustre que ciertas familias muestran a las visitas antes que nada. Es el alma de la ciudad. No con verlo habiendo estado allí sería tanta necedad como haber pasado por Salamanca sin haber visitado su famosa Universidad "utroque jure".

Situada la capilla de la Vega en medio de las feraces huertas que riega el Tajo después de poner un cinto de cristal a Toledo, tiene todo el delicioso encanto de los lugares para fiestas de romeros.

Como el vulgo interpreta a su modo el "milagro del brazo

caído”, es algo que por su sabor legendario no puede pasar inadvertido al curioso, amante de la poesía anónima ó mero folk-lorista.

Según unos, suponen que, habiendo un hereje negado cierta suma de dinero a un cristiano, careciendo éste de medios de prueba, apeló al testimonio del Cristo ante cuya presencia la suma le fuera entregada. Interrogado éste sobre si era justa ó no la demanda, en señal de afirmación descolgó el brazo derecho...

Dicen otros, que fué la aprobación por la cristiana conducta de un caballero que perdonó la vida á otro al que había vencido en buena liz...

Quien, que bajó el brazo para probar que si murió en la cruz fué porque quiso, que bien podía bajar de ella limpio de sangre y de heridas como el rayo de sol pasa por un cristal sin romperlo ni mancharlo...

Pero la leyenda que lo hizo famoso, la que anda por todos los labios con el sabor de la miel rústica, cual la que destila la “fabla” de cualquier gañán de mulas, moza de cántaro ó labriego de la Mancha, es sin duda, la que cantó Zorrilla en su poema “A buen juez, mejor testigo”.

Cuenta ésta que habiendo Diego Martínez, joven caballero y galán enamorado hecho mancilla a doña Inés de Castro, una noche en que:

“Yacía Toledo en el sueño  
Entre las sombras confusa...”

es sorprendida por su padre en el momento en que el mancebo se descuelga por un balcón...

A la hora del ocaso de la tarde siguiente, la hidalga acude a la cita oculto el rostro en tocas y tafetanes. Para abreviar razones pide a su amante le dé mano de esposo inmediatamente.

Imposible. Antes de tres días debe partir para Flandes a unirse a su tercio. Será a su vuelta.

Júralo ante el Cristo de la Vega — suplica la infanzona.

Lo juraré — responde Diego.

Al cabo de un año de ausencia vuelve el galán a Toledo, pero, ¡ah, pérfido!, para negar que jamás hubiera consentido en casarse: Llevado el caso ante los tribunales, el juez dice que no habiendo testigos...

—Sí, hay uno — dice doña Inés.

—¿Quién?

—El Cristo de la Vega.

El auditorio, emocionado se pone de pie ante este nombre.

Ese mismo día a la hora en que todo es dorado, bajan por la cuesta que va a la capilla los amantes rodeados del gobernador, alcaldes, alguaciles y muchedumbre.

Prendidos los cirios y hechos los rezos de práctica, un escribano lee por dos veces la acusación entablada, y, adelantándose hasta el crucifijo, le pregunta en alta voz:

“¿Juráis ser cierto que un día  
A vuestras divinas plantas  
Juró a Inés Diego Martínez  
Por su mujer desposarla?”  
Asida a un brazo desnudo  
Una mano atarazada  
Vino a posar en los autos  
La seca y hundida palma,  
Y allá en los aires “¡Sí, juro!”  
Clamó una voz más que humana.  
Alzó la turba medrosa  
La vista a la imágen santa...  
Los labios tenía abiertos.  
Y una mano desclavada”...

¡Vieja Toledo, ciudad heroica, cofre dorado de floridas leyendas, te amo por lo que tienes de vieja y lo que tienes de heroica, por la gloria pegada a tus renegridas piedras seculares, por tus dos Cristos trágicos, que son, dentro de tu recinto, como los dos airones de un casco de cruzado, como dos rosas que piadosamente brotaran entre el herrumbe—sudor y polvo—de un montón de viejas y abandonadas armaduras.

*Valentín Méndez Calzada.*

Abril de 1919.